

entonces realizarse la profecía Huc; estos extranjeros, estos tártaros, que el gobierno de Pekin aparenta despreciar, acabarán por impacientarse ante estas puertas obstinadamente cerradas para ellos (*actualmente*, á la verdad, ya mucho menos), y un día las harán saltar en pedazos (lo que ya, en parte, ha ocurrido) y encontrarán detrás un pueblo innumerable, es verdad, pero dormido, sin fuerza de cohesión y á merced de quien quiera apoderarse de todo ó de parte de él.

No será, sin embargo, tan fácil como Huc imaginaba «llevar á China la civilización europea», sirviéndonos de la frase oficial usada en casos semejantes.

## XLVII

### Fenicios y judíos

Hemos seguido el mismo proceso natural social y siempre idéntico en un gran arco terrestre que se extiende desde el Nilo hasta el Hoang-ho, y hemos visto, por el juego siempre del mismo proceso, producirse grandes imperios, formarse grandes dominios de civilización. Hemos visto, desde el Nilo al Hoang-ho, surgir un conjunto de naciones civilizadas en virtud de leyes naturales siempre las mismas. En nuestro hemisferio (comprendió Asia, Europa y Africa), el paralelo terrestre á que pertenece el gran arco que hemos considerado, está cerrado geográficamente por Europa; el proceso natural social, tal como lo hemos observado en Asia y Africa, se concibe que debe aparecer también en Europa, á consecuencia de condiciones étnicas semejantes y presentar formas políticas parecidas que

ensanchen los dominios de la civilización. Por otra parte, Europa no cierra más que sobre nuestro hemisferio el ciclo de este proceso natural; es evidente que en el otro ese mismo proceso debía y debe desarrollarse según leyes y reglas semejantes.

Las naciones civilizadas del antiguo mundo que hemos considerado hasta el presente tienen un rasgo negativo común: consiste en que en el desarrollo de su civilización han carecido por lo menos en gran parte de un importante factor natural: *el mar*, considerado como medio de comunicación. Eran las unas potencias continentales: Asiria, Media y Persia. Su desarrollo se realizaba en el interior de las tierras. Otros pueblos, aunque habitan á las orillas de grandes océanos como los de la China y la India, no conocían más que imperfectamente el arte de la navegación; otros, como los egipcios, carecían de maderas de construcción y de hierro.

Por el contrario, en el centro de este gran círculo de pueblos y de Estados que se encontraban en el camino natural de Europa, nos referimos á las orillas mediterráneas del Asia Menor, se reunían las condiciones que permiten servirse de este factor natural: el mar en el proceso natural social.

Las cadenas de montañas cubiertas de maderas del Asia Menor se extienden hasta el borde del mar suministrando abundantes materiales para la navegación. Ricas minas suministran el hierro necesario; y el mar Mediterráneo, encerrado entre tres partes del mundo y con las numerosas islas de que está sembrado, podría ser fácilmente recorrido en todos sentidos, aun por los navegantes inexperimentados.

Sin embargo, estas circunstancias favorables á la navegación no hubieran bastado para agrandar el co-

mercio, esta poderosa palanca del desarrollo social, si antes las aptitudes sociales de las tribus llegadas de las costas del Asia Menor no hubieran inclinado á dichas tribus para las empresas más allá de los mares; y si en segundo lugar, impulsados por tribus guerreras que llegaban por detrás, las tribus primeras no se hubieran visto forzadas á recurrir á semejantes expediciones, se reunieron estas dos circunstancias. En lo concerniente á la primera, no es preciso imaginar que todas las tribus que habitaban en Fenicia, y había allí una gran cantidad de ellas, hayan sido capaces de semejantes explotaciones; pero bastaba que una pequeña minoría tuviese valor é inteligencia, para que las otras tribus fueran arrastradas de un modo ó de otro á tomar parte en estas empresas, aunque para tomar su papel pasivo representasen su papel activo. Nos muestran los hechos que existía esta minoría emprendedora. Los *cananeos* fueron impulsados á estas empresas por la expansión cada vez mayor que tomaban hacia el Oeste, hacia las riberas del Mediterráneo los reinos del Asia Anterior (los de los asirios, medos, persas), y por la parte del Sur los de los egipcios y judíos. No hallándose en estado de resistir al impulso de pueblos guerreros, y estando limitados en el estrecho territorio de Canaan, no les era posible elegir. Fué preciso que su espíritu inventor viniera en su ayuda. Los cedros del Líbano fueron transformados en navíos, y el negocio de explotación que los asirios, medas, persas, egipcios y judíos habían practicado en el Asia Anterior con la espada en una mano y la antorcha en la otra, fué transportado por la navegación y el comercio, primero de una manera pacífica á los países que limitan con el Mediterráneo y á las islas de este mar.

Se comprobó entonces que por medio del comercio, tanto marítimo como terrestre, se pueden obtener éxitos tan considerables como por medio de la guerra.

Los fenicios acumularon bien pronto en los puertos de su estrecho litoral riquezas y tesoros como los pueblos guerreros del Asia, con todas sus expediciones de pillaje, no habían podido reunir. A consecuencia de estas empresas fructuosas, se vió florecer en los puertos de Fenicia una civilización, una magnificencia, un lujo desconocidos hasta entonces hasta en los palacios de los soberanos asiáticos más poderosos.

A medida que la potencia de los fenicios aumentaba, se desarrollaba la política comercial de este pueblo; esta política vino á ser *colonial*: no se contentó con las ganancias intermitentes que proporcionaba el comercio de más allá de los mares; se esforzó en organizar ese comercio y en transformar así las ventajas comerciales obtenidas en alguna cosa, como tributos asegurados á este fin; organizó colonias en la costa Sur y en la costa Norte del Mediterráneo. Es verdad que esta instalación no pudo cumplirse por medios pacíficos: fué preciso un poco de violencia, verter un poco de sangre. De una parte, los fenicios fueron á sus colonias para traer de allí domésticos y esclavos. De otra parte, los habitantes de estas comarcas coloniales fueron reducidos á la *domesticidad*.

Este comercio fué seguido por la servidumbre; los negociantes acabaron por mandar: es lo que desde entonces acostumbraron á hacer los negociantes de Europa. Los fenicios no distraían su atención del comercio, de las artes y de la industria, y no llevaban más lejos su dominación de lo que exigía el interés de sus negocios. Ningún pueblo conquistador y guerrero

de la antigüedad ha tenido en el mismo grado que este pueblo comerciante, una importancia tan persistente, una influencia tan civilizadora. Guiados absolutamente por instintos egoístas, tendiendo á la ganancia material por la astucia y las malas artes, rindieron, sin embargo, los más grandes servicios á la humanidad y especialmente á Europa. Sin los fenicios no serían los europeos lo que son actualmente.

El mezquino secreto guardado por los fenicios respecto de las plazas de comercio, depósitos y colonias que habían buscado y ocupado, ha hecho imposible á las investigaciones históricas reconocer la verdadera extensión de sus empresas comerciales y de su establecimiento en Europa. Muchos signos indican en muchas partes, que no se limitaron á fundar en Grecia, en Italia y en España, las principales ciudades comerciales que han existido en Europa sino que pasaron las columnas de Hércules y cubrieron con sus establecimientos la Europa occidental. Estos establecimientos son la imagen anticipada de las *ciudades* europeas del porvenir. Las corporaciones comerciales eran la base de la organización de estos establecimientos.

Fuertes en el interior con esta organización, los fenicios llegaron á constituir uno de los órganos económicos de esta Europa en que numerosas poblaciones primitivas se habían visto forzadas á trabajos agrícolas por hordas venidas en su mayor parte de Asia. En España, por ejemplo, los fenicios, avanzando pacíficamente y victoriosos desde el punto de vista económico se encontraron con los celtas que avanzaban belicosamente desde el Norte contra los iberos. España tuvo de esta manera elementos principales de un sistema político: *señores* los celtas, *pueblo doméstico* los

iberos, y, por último, los fenicios que practicaban los *oficios y el comercio*.

Es verosímil que en el resto de Europa pasaran las cosas lo mismo que en España. Los testimonios históricos nos faltan, pero cuando se reflexione que la organización de las ciudades comerciales, y la organización (posterior, pero sobre el mismo plan) de las otras ciudades, tanto del litoral, como del interior, nos recuerdan los célebres establecimientos comerciales fenicios, cuando, además, se piensa que los fenicios han desaparecido de Europa sin dejar huellas, lo que no puede menos de demostrar ciertamente que fueron absorbidos por los pueblos entre los cuales practicaban el comercio y los oficios, es lícito suponer que son ellos los que aportaron á Europa los primeros gérmenes de municipalidad, gérmenes á los cuales han venido á juntarse en los diversos países europeos los que trajeron otros elementos étnicos.

Ciertamente, la historia de Europa se ocupa poco de estos elementos que se mueven en la oscuridad y el silencio. Se ocupa casi exclusivamente de los hechos de las tribus guerreras.

Estas, en su mayor parte, vinieron igualmente de Asia, pero por las vías de tierra, atravesaron el Sur de Rusia, domesticaron la población europea y fundaron por la fuerza de las armas, secundadas por su espíritu de dominación nuestra, los diversos Estados europeos (en cuanto á sus armas, les habían sido ciertamente suministradas por la industria fenicia). La causa de este silencio, observado por la historia de Europa, respecto de un factor tan importante de la civilización de esta parte del mundo, es evidente: el *pueblo fenicio ha desaparecido*. Desde hace miles de años, no hay fenicios; su lengua, desde hace largo

tiempo, no se deja oír, y la ciencia moderna ha llegado con gran trabajo á encontrar algunos restos de su escritura, algunos monumentos de su arte.

Si reflexionamos que física y antropológicamente no pudo desaparecer este pueblo, puesto que no conocemos ninguna catástrofe que haya hecho perecer á todos los fenicios de Asia, de Africa y de Europa, y puesto que, por otra parte, no tenemos ninguna noticia acerca de la extinción progresiva de este pueblo; si reflexionamos también que, ciertamente, la sangre de los fenicios circula en abundancia entre los pueblos actuales, aun en Europa, se pregunta si puede explicarse este fenómeno misterioso. Muy sencillamente; lo fenicios eran un pueblo inteligente: sabían siempre conformarse á las circunstancias, cuando, arrollados por las tribus conquistadoras asiáticas, se vieron reducidos á no ocupar más que una estrecha extensión de costas, buscando salvarse por el mar en países lejanos. Su espíritu cosmopolita se sobrepuso á los sentimientos patrióticos y les hizo encontrar una «dulce patria» allí donde había buenos negocios y vida agradable.

Por consecuencia de esta manera de concebir la vida, los fenicios no debían abandonar la civilización «nacional» y fundirse en las masas entre las cuales se habían establecido, tanto más que como pueblo de tenderos podían estar seguros de antemano de la antipatía y hostilidad de todos los pueblos.

Es ciertamente en esta sola circunstancia donde hay que buscar el enigma de la desaparición completa de la nacionalidad fenicia en Europa. Pueblo hábil, los fenicios supieron desaparecer oportunamente.

Dotados de un sentimiento cosmopolita exacto, es-

timaron que su civilización nacional les ocasionaba el odio y la hostilidad universales. Se desvanecieron en los pueblos en medio de los cuales habitaban, y de esta suerte llenaron con más fidelidad y de una manera más exacta, si es posible expresarse así, las intenciones del proceso natural histórico que si ellos hubieran sometido con una tenacidad inoportuna y antinatural durante largos siglos la nacionalidad á que sobrevivieron.

Abandonaron esta política nacional, mal comprendida y contra naturaleza, al pueblo que desde sus comienzos había seguido su ejemplo en muchos puntos y que señaladamente se había apropiado su política comercial.

Este pueblo en sus principios era, como lo fueron también en sus comienzos tantos otros pueblos que han desempeñado un papel en la historia, un conjunto de tribus heterogéneas. La tradición dió á estas tribus un número redondo, *doce*, y transportó á los tiempos primitivos un *parentesco* que se dedujo más tarde de una manera abstracta; y la tradición, para establecer mejor este número, imaginó un árbol genealógico común. Estas tribus *israelitas*, como se les nombró por consiguiente, eran en un principio tribus nómadas de pastores; después de largas emigraciones y vicisitudes, conquistaron la tierra de Palestina, cuyos habitantes fueron los unos exterminados y los otros reducidos á domesticidad. Cuando empezó á progresar y creció en población; cuando este pequeño país fué incapaz de bastar á las pretensiones y necesidades de sus habitantes, los judíos siguieron el ejemplo de los fenicios, se hicieron comerciantes y se esparcieron por el mundo entero.

La organización especial de sus comunidades en

Europa, es ciertamente el reflejo de los antiguos establecimientos fenicios. No hay más que un punto, el más importante quizá, en el cual los judíos no supieron seguir el ejemplo de los fenicios: *los judíos no supieron, ni saben todavía, desaparecer.*

La falta de ello está, principalmente, es verdad, en su antigua literatura, muy desarrollada; sobre todo en su literatura teológica. Cuando el cristianismo salió victorioso de este pueblo, y unido á la antigua tradición hubo declarado que los escritos judáicos eran sagrados, pareció no tanto á las masas ciegas é ignorantes como á una casta de escribas orgullosos y desvanecidos, que había allí tesoros sagrados nacionales que conservar; en su intento contra naturaleza, estos escribas prefirieron perpetuar entre todos los pueblos y entre todas las naciones una eterna lucha de razas contra ellos, más bien que sacrificar esta nacionalidad, gastada y modificada, á la civilización nuevamente floreciente de otros países y de otras épocas: este empeño en permanecer unidos á formas de civilización desde largo tiempo decrepitas, que á la verdad estarían mejor en las catacumbas de la historia que en la vida de los pueblos, es una falta grave contra la ley natural de la historia, y esta falta ha sido duramente expiada por millares de generaciones.

No hay ya más que inevitables luchas de razas, resultantes del desarrollo natural y necesario de los elementos étnicos y sociales, y no parece necesario, ni puede considerarse que sea un mérito, desde el punto de vista de la historia universal y de la humanidad, sostener permanentemente y atizar á perpetuidad, desafiando estúpidamente las leyes eternas y las corrientes poderosas del proceso natural social, una lu-

cha de razas que, como la lucha contra los fenicios, hubiese podido cesar desde hace largo tiempo.

## XLVIII

### Europa

Los fenicios nos conducen á Europa. Por todas las partes en que la vida histórica comienza á agitarse, en Grecia, en Italia, en España, encontramos en primer lugar los vestigios de la civilización fenicia. Así, encontramos incontestablemente en la Hélade trozos de esta civilización que se desvanece.

«Las incesantes apariciones de los fenicios en las costas de la Hélade no han podido menos de dar á los helenos irresistibles impulsos. En las tradiciones griegas encontramos los testimonios de luchas con los fenicios (leyendas relativas á Teseo). De otra parte, está probado que los fenicios se helenizaron y tomaron parte activa en la vida intelectual de Grecia. El gran filósofo de Mileto, Tales, era de origen fenicio.

En vista de estas influencias fenicias había dos elementos étnicos heterogéneos, de cuyo contrato salió la vida política propiamente dicha de la Grecia. Por todas partes en Grecia nos encontramos un pueblo guerrero gobernando una población autóctona. La primera, forma una especie de nobleza; la segunda, los siervos, campesinos reducidos á la domesticidad. A Teseo atribuye la leyenda griega esta repartición de la población en nobles y campesinos.

El hecho es que esta estratificación social coincide con la gran emigración emprendida con objeto de

conquista, por la cual comienza la historia griega (entre los años 1000 á 800 antes de Cristo): emigración designada por el nombre de emigración doria, aunque haya sido mucho más general.

Los dorios penetraron en el Peloponeso por el Norte. «La obstinada resistencia de los antiguos habitantes sobre el curso medio del Eurotas, detuvo los progresos de los dorios. De este campo surgió la ciudad de Esparta» (Duncker). Tres tribus dorias conquistaron á Argos. «Después de la división de los primitivos habitantes, una parte de ellos fué puesta bajo el pie de igualdad jurídica al lado de las tres tribus dorias y constituyó una cuarta tribu, la de los *hipernetiones*; el resto formó la de los campesinos ó los siervos». De la misma manera se verificó la formación de todos los otros Estados de Grecia. «En todas estas localidades, los nuevos emigrantes dominaron bajo sus reyes por derecho de conquista; formaron la nobleza de estas ciudades; se repartieron la mejor parte de los territorios en que abundaban los pastos.»

Absolutamente de la misma manera fueron fundándose las colonias griegas en el Asia Menor y en otras partes. Vemos, pues, que las raíces de la vida histórica de los griegos son triples, que pesan en el seno de una población de campesinos subyugados, tribus conquistadoras que gobiernan y una población inmigrada, generalmente fenicia, que practica el comercio y los negocios. Así es como no ha podido menos de desarrollarse por todas partes, sobre la misma base, una organización política esencialmente semejante.

Lo que en los Estados griegos, y más tarde también se distingue bajo los nombres de monarquía, aristocracia, democracia, no son más que diferencias exte-

riores, no esenciales, que no alteran la estructura social de los Estados. Esta estructura social, que coincide con la división económica del trabajo, es en todas partes la misma; por esto, Grecia resulta una imagen anticipada de Europa.

Por grandes que puedan ser las diferencias de forma (tienden á la situación geográfica y al grandor de los Estados, así como á la diversidad de la composición étnica), los *planos* sociales de todos los Estados europeos han sido siempre idénticos desde la primera fundación de ellos, en la Hélade, porque la manera cómo han sido trazados ha quedado siempre semejante á sí misma.

Las fundaciones de Estados por los romanos y latinos en Italia se han efectuado como se verificaron las fundaciones de Estados en Grecia. «La propagación de los helenos, dice Nieburh, tiene analogía con la de los romanos y latinos en Italia: se ha hecho por la inmigración de un pequeño grupo de hombres en medio de una *comunidad más numerosa, diferente, no absolutamente extranjera* (?). Esta admite la lengua y las leyes de los colonos, viviendo entre ellos á fin de llegar á reunirse.» «Los sículos, los argivos, los tirrenos y otros antiguos habitantes de la Italia, sea cualquiera su nombre, son vencidos por un pueblo extranjero descendido de los Abruzos. El nombre de estos conquistadores, que se fusionaron con los vencidos hasta no formar más que un solo pueblo único, los latinos, ha sido olvidado. Se ha despreciado á Varon cuando los consideraba como aborígenes...»

Así, pues, en un principio *conquista*, después *amalgama*, en Italia como en Grecia, ó al decir de Strabón, los griegos helenizaron ó exterminaron á todos los pueblos en medio de los cuales se habían establecido;

pero después de la conquista, hasta su amalgama, se ve desarrollarse enteramente el proceso de la fundación y del desarrollo de los Estados con todo su cortejo.

Aunque este proceso natural haya debido evidentemente en el resto de Europa desarrollarse y se haya desarrollado según las mismas leyes que en Grecia y en Italia, se admite, sin embargo, en su forma exterior, una diferencia que da á la historia de Europa, con exclusión del «mundo clásico», un sello algo diferente.

En Grecia y en Italia los conquistadores pesaron directamente sobre las pequeñas poblaciones vencidas y aun se establecieron *por grupos* en diversas localidades que vinieron á ser en seguida ciudades, lo que contribuyó á que la vida histórica en Grecia y durante un tiempo no menos largo en Italia se desarrollara en el seno de las ciudades-estados, con radio más ó menos grande, en el cual la población de siervos trabajaba para los señores, que eran los ciudadanos.

En *el resto de Europa*, los conquistadores se establecieron más aisladamente, unos por familias, sobre el terreno conquistado, en lugares fortificados, castillos fuertes, desde los cuales dominaban por medio de la fuerza de las armas y el terrorismo en los pueblos que habitaban los alrededores. Supieron, por medio de una *organización ingeniosa*, quedar *solidarios* los unos de los otros y *prestarse ayuda recíprocamente* contra la superioridad numérica de las gentes que habían sometido, es decir, de los vasallos.

Esta organización y *el género de vida que de ella resultaba* provocaron en toda Europa el fenómeno particular de la caballería (que no se conoció, bajo esta

forma al menos, ni en Grecia ni en Roma) é impidió durante largo tiempo, al menos á las clases dominantes, que oscureciesen la vida urbana y los elementos del pueblo urbano.

Viviendo así apartada la clase dominante, las ciudades europeas constituídas por elementos no serviles, sobre todo por elementos *extranjeros*, tomaron un carácter completamente distinto al de las ciudades de la antigüedad clásica.

Estas tomaban una parte más ó menos grande en la vida política, de suerte que la «alta política» pudo ejercer una influencia feliz sobre los elementos urbanos, y producir esta alta civilización cuyos puntos culminantes admiramos en Atenas y en Roma. Las ciudades europeas, por el contrario, fueron excluidas de toda participación en la alta política, la cual se concentró exclusivamente en las reuniones de «los señores», en los Parlamentos y en los *Reichtags*.

Desde el punto de vista intelectual fué desventajoso para las ciudades y para los señores, porque toda vida en común, toda relación entre elementos heterogéneos, constituye por sí misma un elemento civilizador de gran importancia. El abismo profundo existente entre las ciudades y las artes, hace que durante largo tiempo en Europa, los primeros se hundan en el estrecho espíritu de las corporaciones de tenderos, mientras que la mayor parte de los caballeros llevaban la vida salvaje de los bandidos.

Se conocen las circunstancias que en los tiempos modernos pusieron un término á estos vicios sociales de la Edad Media. Estas circunstancias son, como es sabido, el conocimiento que se adquirió de la literatura clásica, los descubrimientos de Ultramar, la potencia creciente del capital, las modificaciones obteni-

das en el arte de la guerra por el descubrimiento de la pólvora, etc.

Una civilización más elevada acabó por manifestarse en las grandes ciudades de Europa, sobre todo en las de Occidente. Esta civilización, obrando en común con el dinero y la pólvora, echó por tierra los castillos fuertes de los caballeros y forzó á los señores á descender en la vida de las ciudades.

Es en las grandes ciudades de Europa en donde la vida de las artes y de los ciudadanos impulsó á una más alta actividad intelectual los elementos étnicos y sociales heterogéneos que formaron los nuevos centros de la vida histórica: cada una de estas grandes ciudades vino á ser el hogar de una nacionalidad distinta.

Del mismo modo que en «la antigüedad clásica» los procesos naturales sociales que se habían desarrollado en la Hélade y en Italia habían llevado á cada una de estas comarcas una comunidad de civilización que aparecía en bloque por una comunidad de lenguas, de concepciones religiosas, de costumbres, de hábitos, de manera de vivir, en una palabra, lo que modernamente llamamos «nacionalidad» griega, nacionalidad romana, del mismo modo en Europa los procesos naturales sociales se desarrollan en grandes espacios de terrenos, tales como España, Francia, Inglaterra, Polonia, Hungría, Rusia, etc., produciendo en estos diversos *paises* una comunidad de civilización que se presenta á nosotros bajo forma de una comunidad de lenguas, de una comunidad de costumbres, de manera de vivir y de exterior y que llamamos actualmente nacionalidad.

El medio merced al cual se realiza todo esto, medio que transforma las tribus en pueblos, los pueblos

en naciones, las naciones en razas, este medio lo conocemos ya: es la perpetua lucha de las razas por la dominación, alma de toda la historia. Del mismo modo que en otro tiempo la lucha estallaba de banda á banda, de horda á horda, de tribu á tribu, del mismo modo la lucha ha sido función hasta ahora de pueblo á pueblo, de nación á nación. En el porvenir quizá se propagará de sistema de Estados á sistema de continente á continente.

Aunque los pequeños elementos sociales y étnicos heterogéneos abandonen la lucha á cada paso y no cesen de formarse en razas unitarias, los gérmenes de odio, de hostilidad y de guerra encarnizada que se agitaban en ellos en otro tiempo no se extinguen; pasan reavivados en la nueva amalgama, en la nueva raza, para agrandarse, para perpetuarse, para sobrevivir en nuevas luchas con comunidades étnicas y amalgamas extranjeras, *con la raza extranjera más próxima.*

Así es cómo en Europa desaparecen poco á poco las pequeñas tribus y los pequeños pueblos, y con ellos las pequeñas guerras y los pequeños dominios de civilización, así es como crecen las naciones y las razas, y con ellas los grandes dominios nacionales de civilización, pero también las grandes guerras entre naciones y razas. A la verdad, todo esto no se produce muy regularmente por grados sensibles y por el mismo compás; en la naturaleza no existe semejante uniformidad. Todo se funda en lo contrario: los círculos diferentes se atraen, se entrecruzan, se absorben, forman imágenes de kaleidoscopios ó reposan; pero la tendencia general es evidente: esta tendencia es la de las pequeñas unidades y comunidades, agrandándose cada vez más, pequeño dominio de civilización

en naciones, las naciones en razas, este medio ha transformado las guerras de pillaje en grandes guerras nacionales.

En el interior de los Estados, la eterna lucha de intereses entre las profesiones, las clases y los grupos sociales, reemplaza á las antiguas pequeñas guerras entre los pequeños elementos étnicos y sociales y el «progreso» realizado, progreso muy relativo que consiste únicamente en que estos *pequeños hechos* no son más sangrientos de lo que eran las luchas de los tiempos prehistóricos y las de las épocas de las órdenes políticas bárbaras; pero se han verificado en los límites presentes por el derecho y la ley.

Parece estar en el dominio del proceso social como en la naturaleza; las fuerzas activas no pueden perderse jamás; en suma, se transforman en fuerzas que obran de otro modo, pero no pueden disminuir. Es imposible que la suma de las fuerzas sociales, obrando desde los tiempos más lejanos en el dominio de la humanidad, disminuya jamás. En otro tiempo se manifestaban en innumerables guerras entre hordas é innumerables hostilidades entre tribus. A medida que el proceso social se desarrolla en otros dominios, que la amalgama social progresa y que la civilización aumenta, *estas fuerzas* no se pierden, no hacen más que cambiar de forma.

La suma de recíprocas explotaciones en toda comunidad social dada, no llega á ser jamás más pequeña, aun cuando muchas veces es practicada bajo otras especies. Ocurre ahora que actualmente en Europa el número de guerras es menos considerable que lo fué en siglos anteriores; pero el grandor y la importancia de las diversas guerras (guerra franco-alemana, turco-rusa) compone el gran número de pequeñas

guerras de otro tiempo. En ninguno de los Estados diversos de Europa no hay actualmente cortejos de siervos, procesos de brujas, autos de fe de los judíos, pillaje, contribuciones de guerra impuestas á las ciudades, pero no ha sido suprimida ni una tilde de la suma de fuerzas activas que se manifestaban en todos los aspectos de la Edad Media. Estas fuerzas continúan obrando sin que su intensidad se haya quebrantado, y se manifiestan en la vida cotidiana. ¿En qué fenómenos? No entraremos ahora en el examen de esta cuestión; pero señalaremos la actitud de las grandes aglomeraciones sociales que han salido de las pequeñas luchas y de las guerras seculares de Europa y que parece que se preparan ahora para guerras nacionales, así como para guerras universales muy formidables.

De luchas seculares, de innumerables cambios y fundaciones de Estados han salido nacionalidades que ocupan el suelo de Italia, de España y de Francia, cuyas lenguas y civilizaciones dan actualmente la impresión de una «raza romana». Un proceso análogo formando naciones y razas se ha desarrollado en la región comprendida entre los Alpes y el mar del Norte, en donde, de un antiguo caos de pueblos, ha surgido una nacionalidad alemana que ya actualmente comienza á sentir que abraza una «raza germánica». Rusia, en fin, después de haber destruído el Estado nacional polaco y después de haber casi arrollado á los turcos echándolos de Europa, considera el Oriente europeo como un mundo perteneciente á la raza eslava.

Henos aquí llegados á un punto desde el que comienzan á proyectarse las sombras lúgubres de un porvenir siniestro. ¿Se concibe qué terribles guerras

nacionales y universales ha de haber antes que estos tres mundos de civilización soportados por tres razas hostiles hayan acabado de agitarse; antes que en guerras recíprocas hayan empleado y agotado sus fuerzas, y antes que en el lugar y puesto de los dominios de civilización romana, germana y eslava se haya constituido en único *dominio de civilización europea* una única raza europea?

Siglos de sangrientas guerras de razas nos separan de ese momento. Durante este tiempo crece *ante nuestros ojos saliendo de innumerables elementos heterogéneos*, más allá del Océano, un nuevo mundo de civilización, *una nueva raza*: la raza americana. Lo vemos: tiene las condiciones necesarias para que durante largo tiempo no desaparezcan del mundo las luchas de razas. El mundo espera, para un porvenir todavía indeciso, el espectáculo de una lucha de razas entre Europa y América. Así es como la humanidad siempre lucha sobre el globo terrestre. El proceso natural social no cesa de producir nuevas razas; abraza amalgamas de pueblos y naciones cada vez más considerables, dominios de civilización cada vez más extendidos con refinamientos cada vez más grandes hace nacer guerras de exterminio. ¿Y el fin de todo esto? Para la vista humana este fin es tan imposible de percibir como ha sido inexplorable el principio. Para *nosotros*, hay un infinito antes y un infinito después; tenemos, sin embargo, ante los ojos una parte del mundo que se extiende, apenas tocado por la civilización: un continente en que los diversos Estados europeos comienzan solamente á enviar esclavizados que reconozcan el mundo terreno. ¡Cuántas matanzas de pueblos, de luchas de razas y de dominios de civilización no habrá en el continente negro! Y des-

pués el Asia, en donde sobre las ruinas de razas y las civilizaciones que allí se encuentran actualmente (á menos que los asiáticos no vengan alguna vez á invadir la Europa) se encontrarán un día para luchar europeos y americanos. En una palabra, por lejos que el espíritu humano pueda penetrar en el porvenir, no puede preveer ningún término á la lucha de las razas: el proceso natural social se extiende infinitamente delante de nosotros, como detrás de nosotros.

## XLIX

### Conclusión

Hemos descuidado el trazar con pormenores el desarrollo históricamente conocido del proceso natural social en Europa y en América, y nos hemos limitado á indicar los rasgos y caracteres comunes á los pueblos y á las naciones de Europa. Temeríamos fatigar al lector siguiendo los pequeños incidentes de este mismo proceso natural de formaciones de Estados y de desarrollo de civilizaciones en todos los cursos de historia europea, bastante conocida, lo mismo que la americana. Lo que se ha verificado en el valle del Nilo, en las llanuras del Eufrates y del Tigris, en las mesetas del Irán, en las bajas y fértiles comarcas entre el Indo y el Ganges, en los países montañosos entre el Amour y el Hoang-go, y, en fin, en el Asia Anterior, ha debido pasar en todas partes en que han vivido ó podido vivir las hordas humanas.

Ha sido así, en efecto, no solamente en toda Europa, sino más allá de Europa, en el otro hemisferio,

al borde del Mississipí y del río Grande en el Norte, lo mismo que en las fuentes del río de las Amazonas, en los valles de las Cordilleras, en el Sur. Por todas partes, en estas regiones, encontramos el mismo espectáculo: en primer lugar, hordas y tribus humanas heterogéneas, errantes. Aspecto diferente, pero siempre los hombres; lenguas diferentes, pero siempre inteligencia recíproca á un círculo estrecho; nociones é ideas diferentes, los mismos fondos de pensamientos; círculos singenéticos siempre relacionados entre sí, pero llenos de odio y de horror respecto de los grupos de otra procedencia. Por consiguiente, siempre la nación lucha con los mismos motivos, para los mismos fines.

El resultado del combate es siempre el mismo: el elemento étnico más poderoso prospera; después ejerce su dominación, cuya influencia es siempre y en todas partes civilizadora; se asimila lo que es de otra procedencia, divide el trabajo, favorece la cultura intelectual, forma razas. Y siempre, de rechazo, una de las dos civilizaciones deja de existir y desaparece ante la barbarie que sube; después comienza el mismo proceso, pero sobre una *más grande escala étnica* con colectividades más altas, más quintaesenciadas en cierto modo, desde el punto de vista social y nacional.

¿Y el resultado de este proceso? Los unos triunfan y aquello es el progreso; los otros quieren y pretenden que aquello es «el retroceso ó la decadencia». A decir verdad, no es lo uno ni lo otro. Es siempre la misma cosa. ¿Y cómo podría ser de otra manera? Es siempre el mismo proceso natural social. Las *formas* de este proceso presentan, es verdad, cambios, pero poco importantes; la escena puede ser diferente,

según las regiones y las épocas, pero la naturaleza del proceso queda siempre la misma. Siempre la misma masa inculta, siempre la misma minoría explotadora que se da buena vida á expensas de la masa y repartidas aquí y allá algunas cabezas pensadoras. Estas trabajan intelectualmente por la minoría gobernante y también por las masas. Y como de tiempo en tiempo les acontece descubrir alguna verdad ó hacer un invento cualquiera que ponen á disposición de la minoría dominante y aun de la masa, entonces se habla del *progreso* realizado. Se olvida que estas invenciones y descubrimientos hechos por los hombres, no cambian la esencia de la humanidad *ni mejoran á los hombres*. Estos son siempre los mismos, ya remen en canoa, ya naveguen en barco de vela, ya con la fuerza del vapor franqueen rápidamente el Océano; son siempre los mismos, sea que en los dos hemisferios no tengan ninguna noción los unos de los otros, sea que por medio del telégrafo y del teléfono traten de engañarse de uno al otro cabo del mundo; son siempre los mismos, ya se machaquen á mazazos, ya se acribillen con yataganes, ya se fusilen ó cañoneen, ya se hagan saltar en el aire con dinamita y torpedos.

No hay ni progreso ni retroceso: siempre es la misma cosa y no puede ser de otra manera, porque los elementos sociales están siempre animados de las mismas fuerzas, porque la calidad y la cantidad de sus fuerzas quedan siempre las mismas. Es, además, una ilusión creer que se hacen hoy más grandes invenciones que se hacían mil años ha. Ni más pequeñas ni más grandes.

Ningún cerebro humano puede en su desarrollo traspasar cierto límite, porque después de todo es un cerebro humano y lleva consigo las leyes de su propia

naturaleza. Todo punto superior conseguido aquí y allá por algunas cabezas, ha sido ciertamente *alcanzado en todas las épocas por individuos aislados*. En efecto, la invención *electro-técnica*, la más refinada de la época moderna, no traspasa, ciertamente, por poco que sea, la invención del primer carácter rítmico, del primer signo gráfico cuneiforme. En cuanto á los resultados de la invención moderna, ¿habrán de ser más considerables? Es verdad que el telégrafo pudo permitir á los hombres corresponderse con sus antípodas; pero la escritura cuneiforme, ¿no nos da cuenta de lo ocurrido hace millones de años? La escritura que franquea inconmensurables lapsos de tiempo, ¿no es una invención superior á la telegrafía, la cual no relaciona más que distancias limitadas y conmensurables? Oímos la objeción que se nos hace: nuestro espíritu se ha hecho poderoso, gracias á la ciencia acumulada desde hace miles de años, y puede, por consiguiente, ir más adelante. ¿Qué hombre, sin embargo, es capaz de medir los tesoros de ciencia que amasados durante siglos estaban á disposición de los hombres de las anteriores centurias?

Debe fatalmente ser así; podemos deducir de esto que las verdades filosóficas que brillan en los más antiguos escritos que conocemos de los filósofos de la antigüedad asiática y europea, son precisamente las verdades más altas, por encima de las cuales no pueden elevarse los filósofos más eminentes de nuestra época. En este dominio del saber y reconocer humanos, los más grandes pensadores modernos de Europa no encuentran ni explotan nada que no se encuentre ya en los libros de Confucio, en los Vedas, en las doctrinas de Buda.

La filosofía moderna, en el conocimiento de la vida

humana, ha traspasado la verdad que condensó el Eclesiastés en esta breve frase: «¡Todo es vanidad!» Se tiene noción de la cantidad de filosofía real, de observación y reflexión, de verdadero genio y amor á la verdad, que son casos precisos para llegar á este conocimiento, más precisos ciertamente que los sistemas de Ética desarrollados en muchos volúmenes. ¿Y Aristóteles? Todos levantamos los ojos hacia este sabio de Grecia como un maestro, que desde hace dos mil años queda por encima de los más grandes. ¿Y qué nos enseña Aristóteles respecto al progreso intelectual? «No existe ninguna verdad que no haya sido conocida por los hombres. Lo que creemos haber descubierto por primera vez é inventado ha sido ya conocido por los hombres y caído en el olvido.» Trátase de darse cuenta de la cantidad de observaciones relativas al «progreso» humano que ha sido menester para que Aristóteles se expresase de esta suerte, y se encontrará justificada nuestra opinión en este respecto. Este pensamiento de Aristóteles, ¿se referirá tan sólo á los descubrimientos filosóficos más altos de la humanidad? ¿Podrá anotarse un progreso en las masas? ¿Estas masas son mejores, más morales más inteligentes? Quien se quiera convencer de la estabilidad y de la inmovilidad de la ciencia intelectual de las masas, eche una ojeada sobre los diversos dominios de la vida intelectual, sobre las nociones é ideas que aunque reconocidas mil veces erróneas y falsas por ciertos *individuos*, no son menos conservadas por las masas con una tenacidad que no se explica más que por la pereza natural; considérese las grandes masas, aun entre las «naciones más civilizadas», y pregúntese si en los tiempos prehistóricos podían estar los hombres en un grado más bajo de desarrollo intelectual.

Cuando se piensa en la tenacidad con que en todos los dominios de la vida se han conservado prejuicios por las masas que, incapaces de pensar por sí mismas, desprovistas de juicio propio, se adhieren febrilmente á lo que les ha sido inculcado desde la infancia y en la juventud... Esta masa inmóvil, estenuada, es inaccesible á las nuevas corrientes independientes: queda indolente y apática, adherida al pasado y á la tradición, y mira con desconfianza y mala voluntad toda innovación por razonable que pueda ser.

Así es que los primeros pensadores que se encuentran aquí y allá, pasan sin ejercer acción sobre estas masas indolentes; y he aquí la explicación del fenómeno enigmático de la aparición *espaciada* de grandes pensadores que no cesan de recomendar las *mismas* predicaciones, y que están siempre obligados á luchar con los *mismos* prejuicios, los *mismos* errores, he aquí por qué no se advierte ninguna huella de progreso moral en la humanidad, y por qué no se puede comprobar el progreso exterior, por lo menos más que allí donde es promovedor de él el Estado.

En suma; en el *conjunto del proceso natural* de la historia, no hay ni progreso ni retraso; no hay progreso más que aquí y allá, en *ciertos periodos* de este eterno ciclo, en ciertos países en que el progreso social comienza siempre.

Allí, donde hay una corriente de *desarrollo*, existe también un *punto culminante* y necesariamente un *descenso*. La causa en cuya virtud se comienza siempre al hablar de perpetuo desarrollo peregrino de la humanidad entera considerada como un todo unitario, se encuentran en estas dos circunstancias: en primer lugar, se aplica falsamente á la marcha del desarrollo

supuesto de la humanidad las observaciones hechas sobre ciertas comunidades sociales, especialmente sobre tal ó cual estado en su fase vital ascendente; de otra parte, se tienen para el mundo social vistas estrechas y personales, que designaremos en el nombre de *etnocentrismo*, tales son las razones en virtud de las cuales cada pueblo cree siempre haber ocupado el punto más alto, no solamente en los pueblos y naciones contemporáneos, sino respecto á todos los pueblos de pasado histórico. De suerte, que cuando se pretende ser la obra más completa de la creación, cuando se imagina que todos los pueblos y generaciones del pasado no han sido más que tanteos del Creador para preparar esta obra maestra, el pueblo y la generación en cuestión, todo el pasado, debe parecer como una preparación para el presente, y todos los otros pueblos como precursores simplemente del pueblo superior único á que la Providencia se proponía llegar.

¿Qué cosas no se han dicho á propósito del siglo XIX, de este siglo tan esclarecido? ¿Qué no han afirmado todos los escritores de las diversas naciones de Europa, aun de los pueblos más pequeños, á propósito de la cabeza de la civilización, á la cual su pueblo ha marchado siempre? ¿No se ha celebrado en todos los tronos nuestro siglo y nuestro continente? En una palabra; el etnocentrismo, bajo todas sus formas, es lo que produce la concepción del progreso, y cada pueblo y cada época se imaginan ser mejores que los otros pueblos y las otras épocas. Todo esto se ha verificado en virtud de la estructura de nuestro pensar, del mismo modo que en virtud de la estructura de nuestros ojos percibimos el horizonte alrededor de nosotros como un círculo en medio del cual se encuentra

el observador, y al espacio infinito como un ciclo que se aboveda por encima de él, que reposa sobre la tierra al extremo del horizonte y cuyo punto culminante se encuentra encima de su cabeza. Del mismo modo que la naturaleza de nuestra vista es la causa de esta *ilusión*, del mismo modo la naturaleza de nuestra *vista intelectual* es la causa de este progreso lento y continuo, así como del punto culminante de nuestra civilización. Sin embargo, un observador de sangre fría, colocándose en el punto de vista científico, debe fatalmente llegar á concluir que, entre las diversas civilizaciones elevadas, existen diferencias de forma, pero no diferencia de grados, y que el desdén con que Europa mira la civilización de los chinos, de los indios y de los árabes está tan poco justificado, como el horror y el desprecio con que estas naciones nos miran á nosotros, los europeos, con todas nuestras instituciones ateas y repugnantes.

¿Es, pues, á esto á lo que conduce nuestra sabiduría? —me preguntaréis.—¿Es esta la utilidad de la sociología? ¿Qué provecho se saca de una doctrina que nos enseña una *lucha perpetua y sin progreso*, una humanidad amarrada á la rueda fatal é inexorable de un ciclo natural y necesario sin perspectiva de salud y sin tener otra esperanza que la del aniquilamiento? Ciertamente que nuestra doctrina no favorece al optimismo injustificado; pero no afirmamos que no sea útil en una de las más nobles acepciones de la palabra.

Ciertamente, la ley natural de la historia acarrea á los hombres terribles necesidades lo mismo que la ley *natural de la vida* se las proporciona al individuo. ¿Quién, sin embargo, tendrá horror á reconocer las leyes de la vida, porque estas leyes no le hagan entrever una vida entera de gozos imperecederos? Este

reconocimiento, ¿no le dará, en cambio de sus ilusiones perdidas, la ventaja de no abandonarse á utopías vanas?

Lo mismo acontece con la sociología. Es verdad que enseña á los pueblos amargas verdades, pero los preserva de ilusiones peores y los aparta de inútil desperdicio de fuerzas, puesto que reduce sus esfuerzos á la *medida* única de lo que es posible.

Solamente el reconocimiento de las verdaderas leyes de la historia pueden poner las tendencias de los pueblos y de las naciones, ó, por lo menos, de aquellas que las guían y que las instruyen, en armonía con las necesidades históricas. La sociología hace esto. ¿Quién osará negar que esta ciencia es de una utilidad inapreciable?

Vemos diariamente tribus enteras, y pueblos, y naciones que consumen sus fuerzas vitales, tratando de resolver problemas que en virtud de leyes naturales omnipotentes son insolubles, ó que por lo menos no son solubles en la forma como *están planteadas*. Ciertamente, habrá siempre muchas luchas de razas: la paz eterna no es de este mundo. ¡Pero qué de luchas podrían ahorrarse si los guías y los jefes de la humanidad tuviesen más perspicacia clarividente! ¡Qué de sufrimientos podrían evitarse á los pueblos! ¡Que suma de felicidad pacífica en los límites de las *leyes naturales* de la humanidad si prescindieran de los falsos dioses á que adoran, si no se dirigieran á objetos imposibles, si no se dejasen arrastrar en la persecución de ardientes locuras!

Ciertamente, del mismo modo que el reconocimiento de las leyes naturales, el reconocimiento de leyes naturales sociales, nos prepara muchas amargas desilusiones, pero la desilusión no viene jamás demasiado

pronto, y cuanto más pronto viene más saludable es.

La sociología no tiene, pues, que temer el reproche de inutilidad, porque, en definitiva, reconocer la verdad es siempre un placer, y la verdad es el bien supremo que los hombres pueden pretender aquí abajo.

Nuestros esfuerzos sociales humanos no están exentos de errores y de prejuicios; pero en todo caso han sido leales, de ello tenemos la más profundo y firme convicción.